

Consecuencias de la Reforma en la Iglesia Evangélica Actual

Autor: Pr. Hugo Inostroza Negrete
Iglesia Filadelfia, Chillán

57º Congreso Anual,
Los Muermos, enero de 2018



CIEF @Derechos reservados

Se autoriza copiar y distribuir este material, bajo la condición de que se cite la fuente original y no se hagan cambios en su contenido, formato y tampoco sea comercializado.

“Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten: Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia; él que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga el primado”.

Colosenses cap. 1

DEFINICIÓN DE REFORMA PROTESTANTE

- El concepto de reforma protestante se compone de dos términos con significados muy definidos.
Se conoce como reforma a la acción y efecto de reformar o reformarse (volver a formar, modificar, rehacer algo)
Protestante, es un adjetivo que permite nombrar a aquel que protesta o, en el ámbito de la religión, a quien sigue el luteranismo o cualquiera de sus ramas.
Hecho esta aclaración podemos decir que Reforma Protestante es el movimiento que surgió en el siglo XVI y que impulsó un cambio profundo en la Iglesia católica. Los protestantes se oponían al dominio del Papa sobre toda la comunidad cristiana y buscaban que la Iglesia retomara las raíces del primer cristianismo.
- La palabra reforma indica la acción de modificar o rehacer algo, en este caso se refiere a una verdadera revolución religiosa por los cambios que se generaron.
Por su parte, protestante es un adjetivo que se emplea cuando una persona está en desacuerdo con algo, y es el término que se acostumbra a utilizar en la iglesia católica a fin de hacer mención del luteranismo y sus ramificaciones.

Sin embargo, puede ser buena la tarea de encontrar una definición que sea un poco más práctica y que nos sirva para lo que sigue. Es claro que resulta casi imposible querer alcanzar una definición absoluta, debido a que la reforma incorpora una diversidad de elementos teológicos, políticos, sociales, culturales y hasta económicos, y dentro de la reforma como movimiento, es imposible separar enteramente unos de otros.

Quiero invitarlos a compartir entre nosotros, una definición que otorga una visión distinta de la visión histórica. Una distinta de los cinco sola. No mejor ni peor. Solo distinta. Una definición de la Reforma desde el punto de vista de su amplia contribución teológica al pensamiento de la Iglesia.

El asunto es cómo se aplican o aplicarán hoy, los principios de la reforma sin omitir su importancia teológica, sin caer en una simple reducción de conceptos doctrinales.

Bajo esta idea, la propuesta es la siguiente definición. **«La Reforma Protestante es un movimiento que pone a Dios, tal como se ha revelado en Cristo, en el centro de la vida y el pensamiento de la Iglesia.»**

La idea no es simplemente volver a los siglos XVI y XVII, ver lo que se hacía entonces y trasladar esas prácticas intactas a nuestros días como si fueran lo que debe hacerse. Toda práctica cristiana se ajusta al tiempo en el que surge, y sería ingenuo no reconocer este hecho de partida.

Se necesita tomar los principios teológicos que sustentan la obra de los reformadores, y discernir cómo podrían aplicarse hoy tales principios; dado que Dios no ha cambiado. Tampoco nuestra teología, pero sí muchos aspectos de nuestra cultura y nuestra sociedad.

I. La teología como fuerza motriz

«La Reforma representa una reacción para poner a Dios, tal como se ha revelado en Cristo, en el centro de la vida y el pensamiento de la Iglesia».

Esto es sumamente importante, ya que debemos recordar, ante todo, que, si la Reforma constituye un hito en la historia de la Iglesia, y los reformadores son teólogos relevantes para nosotros hoy, se debe solo a que representan fieles intentos de poner a Dios en Cristo, en el centro.

No puede negarse que muchos de los reformadores fueron hombres valientes, que consiguieron muchos logros destacados, que lucharon contra innumerables abusos teológicos, eclesiásticos y morales manifiestos, y que algunos de ellos sufrieron una muerte atroz por sus creencias.

Pero estas cosas no implican, ni separadamente ni en su conjunto, que tengan algo que enseñarnos. Muchos no cristianos han demostrado valentía, hecho cosas maravillosas, denunciado abusos, o muerto heroica y resueltamente por sus ideas.

Sin embargo, como dice el viejo refrán, una buena muerte no santifica una mala causa. Además, ninguna de las acciones anteriores confiere a los individuos importancia imperecedera para la Iglesia. Solo porque los reformadores hicieron a Dios y a Cristo relevantes para los cristianos de su época, tienen significación permanente para nosotros.

Lutero mismo insinuó esto al especificar la diferencia que había entre él y sus precursores; John Wycliffe y Juan Hus, diciendo que ellos habían atacado la inmoralidad del papado y él en cambio su teología.

Resulta esencial que comprendamos esto. La cruzada de Lutero no fue, en última instancia, moral, sino teológica; aunque ambas cosas están íntimamente relacionadas.

El ataque del reformador contra las indulgencias en 1517 constituyó, en su mayor parte, un asalto a la práctica pastoral abusiva causada por la avaricia de la Iglesia; pero también tenía sus raíces en los cambios de su propia teología, que consideraba la venta de indulgencias como un abaratamiento de la gracia divina, una trivialización del pecado y una inducción de los fieles al error.

Lutero no atacó aquella costumbre simplemente porque fuera abusiva en sus resultados prácticos, sino porque tenía como base, un falso concepto de Dios y de la situación del hombre con respecto a él.

En los años anteriores a su protesta, Lutero había llegado a comprender de qué manera tan radical afectaba el pecado a los seres humanos, cómo el bautismo no había quebrado el poder del mismo, y que su carácter era tan absorbente que nada aparte de la muerte podía curarlo. Y la muerte en cuestión resultó ser la muerte de Cristo en la cruz.

De modo que cuando apareció Tetzel en la parroquia vecina, ofreciendo una reducción del tiempo en el Purgatorio, a cambio del pago de algunas monedas, Lutero se sintió indignado de ver a un hombre vendiendo la gracia de Dios, no simplemente barata en términos económicos, sino también espirituales.

La práctica de la venta de indulgencias en manos de Tetzel, había llegado a pasar por alto la condición del corazón humano y convertido la salvación en un asunto del bolsillo y no del alma.

Para el reformador, aquello era intolerable por sus implicaciones pastorales, ya que engañaba a la gente otorgándoles un falso sentido de seguridad. Pero también resultaba indignante teológicamente hablando, puesto que reducía el valor de la muerte de Cristo a una transacción comercial sin importancia.

La creencia corrupta y la práctica deshonestas corrían parejas, y no se podían reformar la una sin la otra.

Al parecer, la Iglesia católica de aquella época, nunca logró comprenderlo. Siempre hemos caracterizado a la Iglesia católica del siglo XVI, en tonos muy sombríos. Ciertamente se hallaba en un estado de enorme confusión teológica, y desde luego, toleraba buen número de excesos morales; pero también había en ella muchos hombres que deseaban ver eliminada la corrupción que se encontraba al interior de sus filas.

Existió también una Reforma católica que trató de limpiar la Iglesia de los corruptos y deshonestos. La diferencia fundamental entre la Reforma católica y su contrapartida, que llegó a conocerse como protestantismo, fue que la primera se concentraba en los abusos morales y prácticos, y no buscaba un cambio en la teología de la Iglesia.

Por eso resultó tan importante la Reforma protestante: porque se propuso abordar los fundamentos teológicos de la Iglesia, y reformarlo todo. Desde las raíces, hasta las ramas.

II. Dios por encima de todo

Tenemos que ser conscientes de que la utilidad de la teología de la Reforma, reside en el hincapié que hace en Dios. Las doctrinas, los catecismos, y las liturgias que brotaron de las plumas de los reformadores, indican que su piedad tenía que ver ante todo con Él.

Daban mucha más importancia a la identidad y la acción divinas, que a la experiencia humana de Dios. Naturalmente, ambas cosas estaban inseparablemente unidas, pero el acento recaía siempre en la parte divina de la ecuación.

Es posible que esta es una de las razones por qué las obras de Calvino revelan tan poco el tipo de hombre que era. Él, raramente habla de sí mismo, ya que lo único que le interesa es el tema específico de la teología. Dios.

Esto contrasta tan profundamente de tantos líderes de nuestro tiempo que realizan grandes esfuerzos por resaltar su propio nombre por sobre el engrandecimiento del nombre de Dios. Publicitan actividades donde sus nombres son el enganche para captar el interés y escriben libros donde el nombre de ellos se escribe con letras más grandes que los títulos de los propios libros.

Hace algunos años tuve la oportunidad de leer un libro de Stefan Zweig, titulado "Castellio contra Calvino". En este libro Zweig hace una defensa de Sebastián Castellio, rector de la universidad de Ginebra y que en sus escritos responsabilizaba a Juan Calvino de la muerte de Miguel Servet.

A pesar de ser este un documento profundamente opuesto a la obra del reformador, el escritor, sin ser su intención, reconoce la tremenda influencia de este en los quehaceres de innumerables congregaciones de toda Europa. Es decir, que en lo que se refería a la dedicación y servicio al Señor, Calvino tenía bastante de qué gloriarse, pero se niega a hablar de sí mismo porque su tema era únicamente teológico. Es decir, Dios.

Es cierto que Lutero se explayó un poco más en cuestiones personales. Pero en sus escritos hay igualmente una interesante centralidad de la encarnación por sobre la acción del Espíritu.

En realidad, su mayor objeción a los anabaptistas y algunas otras posiciones radicales de su tiempo y que aún perduran, era la insistencia obsesiva de estos en lo que el Espíritu les había enseñado o cómo había influido en ellos. Lutero en cambio, quería hablar de sus propias experiencias en lo tocante a Dios en Cristo, y no a la influencia subjetiva del Espíritu sobre su alma.

Uno de los elementos más característicos de la piedad evangélica de nuestros días, es la obsesión, no tanto con Dios, como con uno mismo.

Desde luego, resulta fácil poner ejemplos de fuera de nuestra propia tradición. Muchas de las canciones asociadas al evangelismo carismático, por ejemplo, a menudo nos dicen más acerca de quien las canta, que de aquel a quien se quiere adorar con ellas.

Sin embargo, si utilizamos la Reforma solamente para clasificar la piedad de los demás grupos como inferior a la nuestra, habremos fracasado en la tarea fundamental del reformismo contemporáneo. Y que como ya nos hemos planteado, es poner a Dios, tal como se ha revelado en Cristo, en el centro de la vida y el pensamiento de la Iglesia.

Corremos un gran peligro al identificar tanto lo que hacemos con el modo de actuar de los reformadores, pasando por alto la necesidad que tenemos de considerar la verdadera reforma de nuestra vida y nuestra práctica.

La pregunta que debemos hacernos es si el acento que ellos ponían en Dios es tan evidente en nuestras propias iglesias como a menudo suponemos.

Un buen ejemplo sería la práctica de contar testimonios en los cultos. No me interprete mal, no quiero que piensen que considero dicha práctica como intrínsecamente errónea; pero me parece significativo, desde el punto de vista teológico, que con frecuencia sepamos tan poco de las experiencias religiosas específicas de los grandes reformadores.

Esto no significa, desde luego, que no las tuvieran, sino sencillamente que parecen no haberlas considerado relevantes para su cometido público como líderes de la Iglesia. Al fin y al cabo,

creemos en el evangelio porque Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, y no por la experiencia que a mí me ha ocurrido.

El poder y el carácter persuasivo del evangelio están en el hecho de que Dios mismo ha actuado en la historia para salvar al género humano en su Hijo Jesucristo y por medio de él.

La experiencia que las personas o las iglesias tengan de esta salvación es una fuente de regocijo, pero jamás se debería permitir que eclipsara la importancia de los maravillosos hechos de la historia redentora de Dios.

El evangelio es primordialmente el relato de lo que él ha efectuado en Cristo por los pecadores, no la experiencia de Dios que alguien tenga en particular. Para que los testimonios que se cuentan sean útiles, han de reflejar indefectiblemente, este hecho.

Sin embargo, con demasiada frecuencia no son otra cosa que reflexiones sobre las vivencias individuales con Dios. Permitir que se den tales testimonios no es, más que una reducción de la verdad religiosa a la piadosa preocupación con el individuo o la comunidad.

Ilustración: Alabanza "Oh mi Dios es real"

Estos son solo dos ejemplos. Podemos pensar en otros: tales como usar la Biblia a modo de libro de pensamientos inspirados, o hacer estudios bíblicos que nunca vayan más allá de lo que un pasaje en particular significa para mí o de cómo ha influido en mi vida.

Ciertamente los reformadores no hubieran considerado impropio una cuestión así, pero la habrían puesto primeramente en el contexto del significado que tenía dicho pasaje para el pueblo de Dios dentro del propósito redentor.

La aplicación personal habría sido consecuencia de esta cuestión previa. Esto nos enseña que debemos asegurarnos de que el acento de toda nuestra vida y adoración esté puesto en Dios.

III. La centralidad de Jesús

El tercer aspecto por destacar de esta definición es que la preocupación de los reformadores era Dios en Cristo. De todas las ideas de la Reforma la más esencial fue, sin lugar a duda, que en Cristo vemos la gracia divina para con la humanidad pecadora.

El Hijo no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que estuvo de acuerdo en bajar del cielo y encarnarse. A vivir en medio de toda la suciedad física y moral de este mundo, para poder llevar consigo al cielo a los pecadores, hombres y mujeres, niños y niñas, a una eterna y maravillosa comunión con el Dios uno y trino en la gloria, salvándolos así de la perdición eterna.

Lutero comprendió la seriedad del pecado y el carácter radical de la gracia divina en la salvación, al darse cuenta de lo que Dios había hecho en Cristo. Y lo mismo les pasó a Calvino y a los demás reformadores. Toda su teología se unifica en torno a la persona y la obra del Señor Jesucristo.

Está claro que el alto concepto que tenían de Jesús, la profundidad que atribuían al pecado, y su asombro ante el milagro de la gracia de Dios, guardaban entre sí una estrecha relación. No se puede abandonar ninguna de estas cuestiones sin renunciar también a las otras.

Para ser verdaderamente cristocéntricos, todos los aspectos de nuestra vida cristiana, la adoración colectiva, nuestros devocionales privados o nuestro caminar diario, deben finalizar en Cristo.

Demasiado a menudo las iglesias actuales, con un alto concepto de las Escrituras y del ministerio de la predicación, toleran en realidad sermones que, aunque en cierto sentido son muy fieles al texto, jamás mencionan a Cristo.

Sin embargo, si la aseveración de los reformadores de que Cristo es el centro de la Biblia y toda esta cuenta una sola historia —que es aquella de la gracia de Dios en Jesucristo—, entonces, ningún sermón digno del calificativo de cristiano puede dejar de referirse a Jesús, ya sea que el pasaje escogido sea del Antiguo o del Nuevo Testamento.

Los sermones centrados en Dios deben ser, por definición, cristocéntricos para poder encerrar hasta la más mínima gota de gracia. Y lo mismo debería suceder con todo nuestro canto de adoración y aun todas nuestras oraciones: su centro de atención tendría que ser Cristo y no nosotros mismos o nuestras necesidades, por muy importantes que estas sean.

Esto no quiere decir que nuestras carencias no tengan cabida en las oraciones que hacemos o en nuestros cánticos de adoración. Hay mucho en la Biblia que presenta a Cristo como la solución para las necesidades humanas: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar»; «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá». Hablamos de necesidades reales —«necesidades sentidas», como se dice hoy—, y Cristo se ofrece para solventarlas.

Pero esa es la cuestión decisiva. El propio Jesús está identificando la necesidad y presentándose como el remedio para la misma. Todo el asunto es cristocéntrico, y nuestra adoración debería poseer esa clase de enfoque.

Conclusión: lo que se dirime aquí es una cuestión de enfoque primordial, de cuál es en realidad el centro. Si el centro es Cristo, bien está; si es alguna otra cosa, necesitamos una reforma. Recordemos que una iglesia que dice estar centrada en la Biblia no necesariamente equivale a una iglesia cristocéntrica. Después de todo, Hay tantas corrientes «cristianas» o iglesias liberales en el mundo que aseguran el bibliocentrismo. Solo cuando se interpreta y se aplica la Biblia en función de su centro —Cristo—, bibliocentrismo y cristocentrismo vienen a ser lo mismo. Asegurémonos de que nuestro deseo de subrayar la centralidad de la Biblia corra pareja con un anhelo de resaltar a Jesús como centro de la misma.

Nuestro momento histórico muestra rasgos de parecido dramáticos al de los reformadores en el siglo XVI:

- Revolución en las comunicaciones (la imprenta de Gutenberg; hoy teléfono, radio, TV, computadora y hasta iPod);
- Revolución del espacio vital de la humanidad (navegación mejorada; Cristóbal Colón 1492; hoy autos, aviones, viajes al espacio);
- revolución armamentista (el fusil portátil, arcabuz y mosqueta; hoy, armas nucleares)
- y, sobre todo, una crisis de autoridad que produce una gran confusión.

En esta coyuntura, ¿qué nos traerá el futuro? Tal y como van las cosas, podría salir un protestantismo cultural y terrenalmente poderoso, algo parecido a lo que ha sido el catolicismo en el pasado y hasta ahora. Pero gracias a Dios, sigue existiendo un remanente fiel. ¿Levantará Dios a otro Lutero? Quizá no, pero quiera el Señor concedernos un avivamiento de santidad genuina y un movimiento de profunda renovación que sacuda a nuestras iglesias de pies a cabeza y las prepare para responder a los grandes desafíos de esta nueva sociedad que se está estableciendo cada vez de manera más abierta en contra de Dios.